

CARA POR IGNACIO AGUSTI * Y CRUZ

la voz del gramófono

ANGEL Zúñiga es un erudito del cuplet. Su portentosa memoria le ha permitido recordar la letra y la tonada de muchos de ellos, que tararea sin cambiarles una tilde, y que conservan por tanto el sabor y la gracia inaprensible de una época ya pasada. Muchos de estos cuplets de fin de siglo permanecen ingrátidos en el remolino del tiempo, porque su música y su tonadilla eran verdaderamente esquemas de sensibilidad popular. Los autores de la letra de los cuplets acertaban a poner en ellos el *donaire* y la fibra de los desplantes callejeros y de ellos rezuma, por tanto, la fragancia misma de la hora en que fueron escritos. Escuchar a Angel Zúñiga la rememoración de estas perlas, es evocar y reconstruir un tiempo huido y tiene algo de ejercicio proustiano y de dedicación arqueológica. Pero además de los cuplets, Angel Zúñiga recuerda a muchas de las figuras que los entonaban. Una noche, circulando por las Ramblas barcelonesas, se nos apareció una de esas figuras femeninas de los escenarios de los "music-hall" de otro tiempo. Era una vendedora de lotería, ya amustiada por los años, que zarandeaba su triste humanidad, casi andrajosa, de un lado a otro de los veladores de un café. Angel Zúñiga la reconoció en seguida y la identificó como una gloria marchita de la canción de otros tiempos. Ambos, la vieja y el cronista, se enzarzaron en una prolongada evocación de los años. La decrepita cantante llevaba todavía en las vueltas de su falda una postal en la que se mostraba, pimpantes sus carnes y brillantes sus ojos, en la interpretación de una de sus creaciones. A su lado estaba en la imagen la trompa de un gramófono de aquel pasado. A nosotros, la degradación de aquella figura nos procuró una amarga manifestación de las leyes del tiempo y del olvido. Pero no todo estaba muerto en ella. Aquella misma noche nos llevó Zúñiga a su casa y nos hizo escuchar, a través de un viejo gramófono como el de la fotografía, la voz lozana de aquella mujer en un viejo disco. Yo creí por unos instantes que la vendedora de lotería iba a sucumbir con la emoción. Aquel brusco careo de dos tiempos, resultaba demasiado violento para un corazón herido como el de ella.

Angel Zúñiga rinde culto a las viejas reliquias. Tiene en su piso de Nueva York una pianola, instrumento igualmente desusado, en la que desgrana pedaleando las viejas tonadillas, las melodías antañonas. Y tanto allí como aquí, su buen gramófono del año 1910. Ahora estos viejos aparatos, que eran un ornato en determinadas casas de comienzos de siglo y que acabaron constituyendo un monumento a la música en las casas de mala nota, se han purificado de su corola vegetal y botánica y transfundido en estos aparatitos manejables y autónomos que uno se lleva de excursión. La música se va a otra parte por sí sola. Tocabiscos y transistores son una de las farmacopeas de nuestro tiempo y a causa de su proliferación uno de los negocios más saneados de nuestro tiempo es el de la música ligera.

Los viejos discos, a los que llamábamos "placas", han sido sustituidos por esas otras láminas de circuito lento, que contienen en cada una la cantidad de música que antes necesitaba un álbum entero para ser transportada. Hay discos de tres o cuatro tamaños y el trasiego comercial y la novedad del disco son constantes.

Hemos puesto en el tocadiscos una de las reliquias del año veinte, una versión de "La Violetera" que era como el perfume mismo del tiempo huido. La voz ronca y deslustrada del carcajón y de aquella música, nos evocaba los días en que en "El

Dorado" barcelonés las cupletistas entonaban una melancólica serenata, hecha de pícaras letrillas y de guiños de ojo, levantando minimamente el jaldellín con refajos. Cuando suena la voz quebrada de Raquel Meller y dice, cruzando el tiempo: «Cómprame usted este ramito —p'a lucirlo en el ojal» vemos ahora a unos galanes, que nada tienen que ver con nuestros años, con un bombín ladeado, un bigotito hirsuto, cierto chaleco despampanante y una mirada astuta y despreocupada. La primera guerra barrió todos estos encantos, los masculinos como los femeninos. Se acabó la "belle époque".

Pero queda el disco. Esas "placas" viejas son el testimonio de aquello. Las voces han de cruzar una misteriosa atmósfera, que ha dejado en el sonido una infinidad de mustios rumores, que son como pequeñas partículas de tiempo. No debieran llamarse en este caso a estos parásitos que nublan el sonido los "atmosféricos", sino los "temporales". El tiempo, en efecto, pone el asma de su paso inscribe su vejez en aquella voz de otros días, como si la figura que la posee estuviera viva.

Cada una de las lentas vueltas del disco desovilla y vuelve a oivillar todas las horas que han pasado, los sucesos que han ocurrido, las vidas y las muertes consumadas, la palpitación de todas las cosas. El viejo disco es, en el aparato nuevo y eléctrico, como una exudación intempestiva de luces que fueron y de alegrías o de glorias pretéritas. Es curioso que de todo aquello, de tanta muerte y de tan dolorosos momentos, no quede más que esa voz.

Pero la ficción no era totalmente cierta más que en el viejo gramófono de Angel Zúñiga, aquella noche. Había primero que dar muchas vueltas a la manivela de latón para aglomerar en los intestinos del aparato toda la música posible y dotarlo del fuelle redentor. Luego salía por la trompa violeta el susurro milagroso. Era un portento que, de aquella trompa metálica y botánica, surgiera la voz que decía: "Me ha pretendido un maleta — y no le he dicho que no...". Este era un maleta perdido y olvidado anterior a la primera guerra, y por ello la vieja vendedora de la lotería tenía los ojos anegados en lágrimas.

Hoy se pone en los aparatos modernos un disco tras otro; y hay un mugido violento de voces y un griterio joven al contorno. En aquel otro tiempo, nos parece que entorno al gramófono o fonógrafo siempre había una zona de silencio, que era como el agua jurisdiccional o la zona de soberanía de aquel instrumento monumental, reservada sólo a su específica singladura. Cuando veo en las mesillas o dentro de sus cajoncitos, pilas de discos en su brillante envoltura y las fajas que hacen en la multicromía los que las interpretan, pienso en la delicada y ceremoniosa Raquel Meller, en su modo de caminar y de dirigirse a los demás, en el protocolo delicado de la artista, que hoy se ha perdido, y que en ella asomaba como un suspiro o un resplandor.

Y me acuerdo también de la vieja lotera que probablemente ha muerto ya, cuya voz no era capaz de ser repetida más que por un viejo gramófono. Hoy se rinde homenaje a los pioneros de todas las cosas. Tienen su torre de homenaje los primeros conductores de automóviles y hasta los viejos trastos en los que navegaban; tienen su homenaje los adelantados de la aviación, en cuya evocación se elevan monumentos y películas. ¿Porqué no va a tener también su homenaje el viejo fonógrafo y aquellas voces sutiles y apócrifas que le dieron vida? No era la voz de un fantasma la que decía: "Tobillera, Tobillera — bien está que todo suba — pero no de esta manera. —Tobillera, Tobillera..."; sino que era una voz humana.